

El centinela que los insurrectos apostaron en la calle de Mondétour no creyó deber dar la señal de alarma, tratándose de un guardia nacional sólo. Dejóle internarse en la calle, diciendo para sí:—Probablemente es un refuerzo, y cuando turbio corra, un prisionero. El momento era demasiado grave para que el centinela pudiera distraerse de su deber y separarse de su puesto de observación.

Al entrar Valjean en el reducto, nadie advirtió en él, pues todos los ojos estaban fijos en los cinco individuos elegidos y en los cuatro uniformes. Juan Valjean había visto y oído todo; y despojándose silenciosamente de su uniforme, lo arrojó, según queda relatado.

La emoción fué indescriptible.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó Bossuet.

—Un hombre que salva á los demás,—contestó Combeferre.

Mario añadió con voz grave:

—Le conozco.

No se necesitaba de más fianza.

Enjolras se volvió á Juan Valjean:

—Bien venido seáis, ciudadano.

Y añadió:

—Supongo sabréis que vamos á morir.

Juan Valjean, sin responder, ayudó al insurrecto, á quien acababa de salvar, á vestirse el uniforme.

V

DONDE SE DIRÁ EL HORIZONTE QUE SE DESCUBRE  
DE LO ALTO DE LA BARRICADA

La situación de todos en aquella hora fatal y en aquel sitio inexorable, tenía por resultante y por vértice la suprema melancolía de Enjolras.

Enjolras reunía en su persona la plenitud de la revolución, y, sin embargo, era tan incompleto como lo absoluto puede serlo. Tenía demasiado de Saint-Just, y no lo bastante de Anacarsis Clootz. Sin embargo, en la sociedad de los amigos del A B C, su espíritu había acabado por experimentar la influencia de las ideas de Combeferre. Hacía algún tiempo que, saliendo poco á poco de la forma estrecha del dogma, cedía al empuje del progreso, llegando á aceptar, como evolución definitiva y magnífica, la transformación de la gran república francesa en inmensa república humana. En cuanto á los medios inmediatos, dada una situación violenta, queríalos también violentos; en esta parte no había variado, y permanecía fiel á la escuela épica y formidable, que se resume en este número: 93.

Enjolras estaba de pie en la escalera de adoquines, con un codo apoyado en el cañón de su carabina. Meditaba, y de vez en cuando se estremecía, como si sintiese pasar un hálito misterioso... En los para-

jes que visita la muerte suelen notarse estos efectos de los antiguos tripodes. De sus pupilas, que reflejaban la mirada interior, salían como especie de llamas comprimidas. De repente levantó la cabeza; sus cabellos rubios cayeron hacia atrás como los del ángel sobre el carro sombrío de estrellas, y semejantes á la melena de un león, erizada en forma de aureola resplandeciente. Enjolras habló en sí:

—Ciudadanos: ¿os representáis al porvenir? Las calles de las ciudades inundadas de luz, ramas verdes en los umbrales, las naciones hermanas, los hombres justos, los ancianos bendiciendo á los niños, lo pasado amando á lo presente, los pensadores en completa libertad, los creyentes iguales entre sí; por religión el cielo, por sacerdote á Dios; la conciencia humana convertida en altar, extinguido el odio; la fraternidad del taller y de la escuela; por penalidad y por recompensa, la notoriedad; el trabajo, el derecho, la paz para todos; no más sangre vertida, no más guerras, ¡las madres dichosas! El primer paso es sojuzgar la materia; el segundo, realizar el ideal. Reflexionad en lo que ha hecho ya el progreso. En otro tiempo las primeras razas humanas veían con terror pasar ante sus ojos la hidra que soplabá sobre las aguas, el dragón que vomitaba fuego, el grifo, monstruo del aire, que volaba con las alas de un águila y las garras de un tigre; espantosas fieras, colocadas por cima del hombre. Sin embargo, el hombre ha tendido sus redes, las redes sagradas de la inteligencia, y ha acabado por coger en ellas á los monstruos. Hemos domado la hidra y le hemos dado el nombre de vapor; hemos domado el dragón, llamándole locomotora; estamos á punto de domar el grifo, pues ya ha caído en nuestras manos, y hemos cambiado su nombre en el de globo. El día en que esta obra de Prometeo se concluya,

unciendo el hombre definitivamente al carro de su voluntad la triple quimera antigua, la hidra, el dragón y el grifo, ese día será dueño del agua, del fuego y del aire, y vendrá á ser, para el resto de la creación animada, lo que para él eran en otro tiempo los dioses mitológicos. ¡Valor y adelante! ¿A dónde vamos, ciudadanos? A la ciencia invertida en gobierno; á la fuerza de las cosas erigida en única fuerza pública; á la ley natural con su sanción y su penalidad en sí misma y promulgada por la evidencia; á una alborada de verdad que corresponda al nacer del día. Caminamos á la unión de los pueblos; caminamos á la unidad del hombre. No más ficciones; no más parásitos. Lo real gobernado por lo verdadero; tal es el fin. La civilización celebrará sus juntas en medio de Europa y luego en el centro de los continentes, en un gran Parlamento de la inteligencia. Hase visto ya algo parecido á esto. Los anfictiones tenían dos juntas al año, una en Delfos, mansión de los dioses; otra en las Termópilas, mansión de los héroes. Europa tendrá sus anfictiones y el globo los tendrá también á su vez. Francia lleva dentro de sí este porvenir sublime. Es la gestación del siglo XIX. Lo que bosquejó Grecia merece ser terminado por Francia. Escúchame, Feuilly, valiente obrero, hombre del pueblo, hombre de los pueblos. ¡Te venero! Sí, tú ves con claridad las futuras edades; sí, tienes razón. Carecías de padre y madre, Feuilly, y has adoptado por madre la humanidad y por padre el derecho. Vas á morir aquí; esto es, á triunfar. ¡Ciudadanos! Suceda hoy lo que quiera; venzamos ó seamos vencidos, vamos á hacer una revolución. Así como los incendios iluminan toda una ciudad, las revoluciones iluminan á todo el género humano. ¿Y qué revolución haremos? Acabo de decirlo: la de la verdad. Bajo el punto de vista político, no hay

más que un principio: la soberanía del hombre sobre sí mismo. Esta soberanía del yo sobre el yo se llama Libertad. Desde que dos ó más de estas soberanías se asocian, empieza el Estado. Pero en esta asociación no hay abdicación. Cada soberanía concede cierta parte de sí misma para formar el derecho común; parte que es igual para todos. Esta identidad de concesiones hechas por los individuos en beneficio de todos, se llama Igualdad. El derecho común no es más que la protección de todos, irradiando sobre el derecho de cada individuo. Esta protección se llama Fraternidad. El punto de intersección de todas estas soberanías que se agregan, es lo que recibe el nombre de Sociedad. Siendo esta intersección una unión, el punto en que se verifica es un nudo. De ahí lo que se denomina Vínculo social. Algunos dicen contrato social, y viene á ser lo mismo, por cuanto la palabra contrato se forma etimológicamente con la idea de vínculo. Entendámonos acerca de la igualdad; pues al paso que la libertad es la cima, la igualdad es la base. La igualdad, ciudadanos, no significa toda la vegetación á nivel; una sociedad de matas grandes y de encinas pequeñas; un conjunto de envidiosos hostilizándose; civilmente, la igualdad significa el camino abierto á todas las aptitudes; políticamente, el mismo peso para todos los votos; religiosamente, el mismo derecho para todas las conciencias. La igualdad tiene su órgano, y este órgano es la instrucción gratuita y obligatoria. El derecho alfabeto; por ahí se debe empezar. La escuela primaria impuesta á todos; la escuela secundaria ofrecida á todos; tal es la ley. De la escuela idéntica sale la sociedad igual. ¡Sí! ¡Enseñanza! ¡Luz! ¡Luz! De la luz emana todo y todo vuelve á ella. ¡Ciudadanos! El siglo xix es grande; pero el siglo xx será dichoso. Entonces no habrá nada que se parezca á la antigua historia; no

habrá que temer, como hoy, una conquista, una invasión, una usurpación, una rivalidad de naciones á mano armada, una interrupción de civilización por un casamiento de reyes; no habrá que temer un nacimiento en las tiranías hereditarias, un reparto de pueblos acordado en congresos, una desmembración por hundimiento de dinamita, un combate de dos religiones al encontrarse frente á frente; no habrá ya que temer el hambre, la explotación, la prostitución por miseria, la miseria por falta de trabajo, el cadalso, la cuchilla, las batallas y todos estos latrocinios del acaso en la selva de los acontecimientos. Casi pudiera decir que no habrá ya acontecimientos. Reinará la dicha. El género humano cumplirá su ley, como el globo terrestre cumple la suya; la armonía entre el alma y el astro se restablecerá; el alma gravitará en torno de la verdad, como el astro en torno de la luz. Amigos, la hora en que estamos y en que os hablo, es una hora sombría; pero tales son las terribles condiciones de la conquista del porvenir. Una revolución es un peaje. ¡Oh! El género humano será libertado, sacado de su postración, consolado. Se lo afirmamos desde esta barricada. ¿De dónde saldrá el grito de amor sino de lo alto del sacrificio? ¡Oh, hermanos míos! Aquí está el vínculo de unión de los que piensan y de los que padecen; esta barricada no está hecha ni de adoquines, ni de vigas, ni de hierro viejo; está hecha de dos montones: uno de ideas, otro de dolores. La miseria encuentra en ella á lo ideal. El día se abraza con la noche y le dice: voy á morir contigo y tú vas á renacer conmigo. Del estrecho abrazo de todas las aflicciones brota la fe. Los padecimientos traen aquí su agonía y las ideas su inmortalidad. Esta agonía y esta inmortalidad van á mezclarse y á componer nuestra muerte. Hermanos, el que muere aquí, muere en la

30363

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
APR. 1928 MONTERREY, MEXICO

irradiación del porvenir, y nosotros bajamos á una tumba iluminada por la aurora.

Enjolras se detuvo; era más bien una interrupción que el fin de su discurso. Sus labios seguían moviéndose en silencio, como si continuase hablando consigo mismo, y sus compañeros, atentos y ansiosos de recoger aquellas palabras, no apartaban de él la vista. No hubo aplausos; pero se habló en voz baja mucho tiempo.

La palabra es aire, y el estremecimiento de las inteligencias se parece al estremecimiento de las hojas.

## VI

MARIO ESQUIVO Y JAVERT LACÓNICO

Digamos lo que pasaba en el pensamiento de Mario.

Téngase presente el estado de su alma.

Como acabamos de indicar, para él todo se había reducido á visión. Sus ideas estaban confusas. Mario, repitámoslo, se hallaba bajo la sombra de las grandes alas tenebrosas, abiertas sobre los agonizantes. Sentía que había penetrado en él el sepulcro, y parecía que estaba al otro lado de la barrera, no viendo ya las caras de los vivos sino con los ojos de un muerto.

¿Cómo y por qué se encontraba allí el señor Fauchelevent? ¿Qué iba á hacer á la barricada? Mario no trató de averiguar nada de esto; pues siendo propio de nuestra desesperación extenderse á cuanto nos rodea, hallaba lógico que todos fuesen á morir á aquel sitio.

Pensó, no obstante, en Cosette con indecible angustia.

Por lo demás, el señor Fauchelevent no le habló, ni aún le miró, y hasta pareció no haber oído cuando Mario, levantando la voz, dijo:—Le conozco.

Esta actitud del señor Fauchelevent aliviaba á